

los dejó de sí mismo en su diario íntimo, y en el que Seco dispone luces y sombras con respetuoso fervor. La imagen que de ello resulta confirma el perfil romántico del mítico León Guzmán, depurado, no obstante, de la ganga legendaria un poco ariotesca que le añadió la nostalgia pequeño-burguesa de Valle. La explicación del «programa» de Carlos VII descubre, desde luego, aspectos no demasiado conocidos de su mentalidad y restituye al carlismo de esta época un interés ideológico que quizá Seco contempla a través de un prisma apasionado, pero que no deja de ser notable. El «espíritu innovador» del duque de Madrid y su «proyecto españolista» tienen en Seco un exegeta cariñoso y un abogado que denuncia con brío la crónica desunión del carlismo, causante última del fracaso de los proyectos del Rey. Este es quizá el mejor logro del libro: mostrar la antigüedad de unas tensiones internas que cuando en 1885 rompan en la barbaridad cerril del integrista neocatólico eran ya, como demuestra Seco, viejas. Es, por parte de Seco, como un dolido mentís al optimismo apañado del «Oriamendi». O como una consigna esperanzada, quién sabe. Lo hace sospechar sobre todo esta semblanza de don Carlos de Borbón y de Este, «el único Príncipe soberano —según Valle— que podría arrastrar dignamente el manto de armijo...» y a quien Seco rinde el homenaje de una confianza política que si no convence, desde luego emociona. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

**Europa como unidad**

La idea de Europa como unidad política es relativamente reciente. Como es lógico, dentro de un cierto sentido de la historia que parece avanzar en favor de las unidades geográficas cada vez mayores, desde

el feudalismo a la constitución de las nacionalidades. La sensación de progreso y de conveniencia son, sin duda, un poco dudosas, desde el momento en que se han tratado siempre o casi siempre de hacer a favor de unos grupos de poder que lo que pretendían era, en realidad, la hegemonía. Se ha ido viendo que las constituciones políticas de los grandes grupos humanos trataban de ser como macromodelos de las más pequeñas: las monarquías absolutas pretendían ser feudalismos a gran escala. Es decir, una forma por la que el señor aumentaba el tamaño de su feudo, de su reino, y la cantidad de sus súbditos. Salvo en casos excepcionales, sin embargo, no lograron enteramente sus propósitos, por lo que podríamos llamar una ley natural —o, por lo menos, un valor constante en la historia—: que la intensidad disminuye en relación inversa a la extensión. Ciertos medios modernos de convicción y represión han podido actuar en favor de poderes muy concentrados para extensiones y poblaciones grandes; en favor de ellos se han creado macroestados, lo cual parece favorecer ideas como la de una Europa unida. Han jugado y juegan también factores de defensa: frente a los macroestados, los microestados buscan la forma de unirse para poder presentar alguna resistencia. La noción de que ha llegado el momento de Europa es ahora más fuerte que nunca (aunque atravesase un momento de desaliento) y, por consiguiente, se aprietan en los escaparates de las librerías. En España tienen un carácter especial por la especial consideración que tiene aquí el europeísmo. Como toda integración en una unidad mayor, produce una especial angustia: la de la pérdida de personalidad, la de una posible disolución de «caracteres nacionales», en contradicción con lo que nos parece un progreso hu-

mano, una mejora económica, una participación en otras ideas que aquí están aduanadas. Hay numerosas contradicciones en las ideas españolas sobre Europa, y no es la menor que siendo la unidad europea un movimiento fuertemente conservador (y opuesto a otra supranacionalidad con otro sentido: el internacionalismo), aquí aparece como progresista.

Considerada Europa como una ampliación del modelo feudal a una mayor extensión de terreno y población, no es de extrañar que hayan sido los conservadores quienes la hayan mantenido. Sin irnos hacia movimientos del tipo de la Santa Alianza, o siquiera hacia Napoleón, el concepto de Europa aparece muy anclado en la ideología de Hitler, en el sentido de «civilización occidental» relacionado con el de raza superior. Naturalmente, la URSS no estaba incluida en su idea de Europa, como no lo estaba en los textos de quien fue probablemente su inspirador, aunque tuviera una idea más amplia, el conde Coudenhove-Kalergi, fundador del «paneuropeísmo» en 1923 (a quien tampoco le pare-

cía que debía ser parte de Europa la Gran Bretaña, como señala Henri Brugmans en «La idea europea 1920-1970» (1), uno de los libros publicados ahora sobre el tema. Apenas caído Hitler, otro gran conservador, Winston Churchill, recogía la antorcha; es curioso que la Gran Bretaña, no sólo excluida siempre por los paneuropeístas europeos, sino excluida a sí misma por una especie de desconfianza y de desdén hacia el continente, se convirtiera en la nueva directora del paneuropeísmo. Hay que atribuirlo a la visión clara de que su imperio nacional se hundía, y sólo extendiendo su poder a otros países podría conservarlo. La «Europa después de Hitler» es el título de Walter Laqueur (2) que estudia el tema en esta más reciente actualidad. Coincide en su optimismo con Jean Lecerf, en «Principios de la unidad europea» (3). «La historia

(1) Henri Brugmans, «La idea europea 1920-1970». Colección Europa. Editorial Moneda y Crédito, Madrid, 1972.  
(2) Walter Laqueur, «Europa después de Hitler», traducción de Gil Lasierra. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1974.  
(3) Jean Lecerf, «Principios de la unidad europea», traducción de Álvarez de la Rosa. Inventarios Provisionales. Las Palmas de Gran Canaria, 1973.



de los Estados Unidos de Europa sólo está en sus primeras páginas, pero ha empezado bien», dice Lecerf; y Laqueur: «El continente ha sabido demostrar un vigor nuevo que es el asombro de amigos y enemigos del consumo (...). Las ideas y la técnica europeas se han ido extendiendo a todos los rincones de la Tierra, y la civilización europea sigue siendo un modelo para el mundo entero (...). En un sentido más amplio, la era europea acaba de dar comienzo». Optimismo que contrasta con la observación de pasional frío como es Rostow, en otro libro reciente (4), quien comenta cómo en los acontecimientos recientes Europa ha quedado reducida al papel de espectador y «el abismo existente entre el papel potencial de Europa en la estabilización de un mundo volátil y el encarrilamiento de las cosas en los años 1960».

El problema de casi todos estos libros consiste en que están escritos en un mundo tan velozmente cambiante que sorprende a sus autores, sobre todo cuando los mecanismos de traducción, permisos, edición y difusión en España no han alcanzado la rapidez necesaria. Sus autores —conservadores europeos— están aún influidos de la guerra fría, cuando no han sido protagonistas activos de ella (como Rostow, consejero presidencial en la Casa Blanca, ayudante especial para asuntos de seguridad nacional de Johnson; como Laqueur, presidente del Consejo de Investigación del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, en Washington) y actúan sobre un mundo inmediatamente anterior; y han escrito antes de que los últimos acontecimientos les hayan podido dar una visión más realista que modere sus utopías. ■ H.

(4) W. W. Rostow, «La difusión del poder 1957-1972», traducción de Martínez Monasterio. Dopesa, 1973.



**La luz y la sombra**

Las imágenes finales de una película suelen resumir, en muchos casos, el sentido global de ésta, sintetizando dramática o plásticamente los contenidos narrativos del film. Liberado el director de las exigencias del guión, que, sobre todo si no es suyo, limita en numerosas ocasiones su personalidad, es en esos metros últimos donde él puede darnos con entera libertad un punto de vista totalizador sobre la historia, al mismo tiempo que reflexionar subjetivamente en torno a ella. Por desgracia, son éstas precisamente las imágenes que el espectador mediocre o apresurado apenas ve, ya que su curva de atención ha descendido a cero al concluir la anécdota y lo único que le preocupa es salir con rapidez del local. A causa de sus hábitos mentales respecto al cine, se pierde así unos momentos que más de una y cien veces son privilegiados, dejando mutilada la obra cuando quizá necesita de una mayor atención, cuando el realizador pasa de hablar de tercera a primera persona.

En este sentido hay que considerar como reveladores los planos finales de «El hombre de Mackintosh» («The Mackintosh man», 1973), de John Huston, y particularmente aquél en que la cámara se queda durante unos segundos fija en una pared dividida entre la luz y la sombra, después de que la protagonista femenina se ha sumergido en la oscuridad. Pero la división de negrura y claridad en el muro no es nítida, absoluta, cortante; más bien podría de-